



WENDY LOWER

# LAS ARPÍAS DE HITLER

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES  
EN LOS CRÍMENES NAZIS

CRÍTICA

WENDY LOWER

# LAS ARPÍAS DE HITLER

Las mujeres alemanas  
en los campos de exterminio nazis

Traducción castellana de  
Núria Pujol

CRÍTICA  
BARCELONA

# Personajes principales

## Testigos, cómplices, asesinas

INGELENE IVENS, maestra de escuela de Kiel enviada a Poznań, Polonia

ERIKA OHR, enfermera del pueblo de Stachenhausen, en Suabia, hija de un pastor de ovejas, enviada a un hospital en Zhytomyr, Ucrania

ANNETTE SCHÜCKING, estudiante de derecho de Münster, bisnieta del reputado escritor Leon Schücking e hija de un político y periodista del partido socialdemócrata, enviada como enfermera a casa de un soldado en Novgorod-Volinsky, Ucrania, y Krasnodar, Rusia

PAULINE KNEISSLER, enfermera de Duisburgo en Renania, nacida en Odesa, Ucrania, y emigrada a Alemania al final de la primera guerra mundial; fue enviada a Polonia y Bielorrusia

ILSE STRUWE, secretaria de los suburbios de Berlín, enviada con las Fuerzas Armadas Alemanas, a Francia, Serbia y Ucrania

LISELOTTE MEIER, secretaria del pueblo de Reichenbach, Sajonia, cerca de la frontera alemano-checa, enviada a Minsk y Lida, Bielorrusia

JOHANNA ALTVATER, secretaria de Minden, Westfalia, hija del encargado de una fundición, fue a Volodymyr-Volinsky, Ucrania

SABINE HERBST DICK, secretaria en los cuarteles de la Gestapo en Berlín, mujer de clase media educada en un *Gymnasium*, fue a Letonia y Bielorrusia

GERTRUDE SEGEL LANDAU, hija de comandante de las SS, secretaria en los cuarteles de la Gestapo en Viena, se presentó voluntaria para servir en Radom, Polonia, y Drogóbych, Ucrania; esposa del jefe de brigada del *Einsatzkommando* y de la Gestapo Felix Landau

JOSEFINE KREPP BLOCK, mecanógrafa que trabajó en los cuarteles de la Gestapo en Viena y que visitó con frecuencia a su esposo, el mayor de las SS Hans Block, jefe de la comisaría de la Gestapo en Drogóbych, Ucrania

VERA STÄHLI WOHLAUF, perteneciente a la alta sociedad de Hamburgo, esposa del capitán Julius Wohlauf, miembro de las SS y «encargado» de un escuadrón del Batallón de Reserva de la Policía del Orden 101, se unió a su marido en Polonia

LIESEL RIEDEL WILLHAUS, mecanógrafa, hija de un experimentado dirigente de una fundición de hierro en la región industrial de Saar; educada en el catolicismo, fue esposa de Gustav Willhauss, comandante de las SS en el campo de concentración de Janowska; se unió a su marido en Ucrania

ERNA KÜRBS PETRI, hija y esposa de granjero, con formación secundaria, dirigió una finca agrícola de las SS junto a su marido, el *Unters-turmführer* de las SS Horst Petri



# 1

---

## La generación perdida de mujeres alemanas

Los hombres y mujeres que asentaron y gestionaron<sup>1</sup> los sistemas de terror del Tercer Reich eran sorprendentemente jóvenes. Cuando en junio de 1933 Hitler fue nombrado canciller de Alemania a sus cuarenta y tres años, más de dos tercios de sus seguidores tenían menos de cuarenta. El futuro jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), Reinhard Heydrich, contaba treinta y siete años cuando presidió la Conferencia de Wannsee y reveló los planes nazis para la masacre masiva de judíos en Europa. Legiones de secretarías que mantuvieron el funcionamiento de la maquinaria del asesinato en masa tenían entre dieciocho y veintidós años. Las enfermeras que trabajaron en las zonas de guerra, asistieron en los experimentos médicos y administraron inyecciones letales también eran profesionales jóvenes. Las amantes y esposas de la élite de las SS, cuya tarea consistía en garantizar la futura pureza de la raza aria con una descendencia sana debían estar necesariamente en edad fértil. La edad media de las guardianas de los campos de concentración era veintiséis años; la más joven tenía quince cuando la destinaron al campo de Gross-Rosen, en la Polonia anexionada por los nazis.

Los regímenes del terror se nutren del idealismo y la energía de los jóvenes, y los moldean en obedientes cuadros de movimientos de masas, fuerzas paramilitares e incluso asesinos genocidas. Los varones alemanes que tuvieron la mala suerte de madurar durante la primera guerra mundial se convirtieron en un grupo claramente diferenciado,

desfigurados de modos que aún estamos intentando diagnosticar. Un historiador<sup>2</sup> ha identificado a esta generación de jóvenes como «intransigentes» y recalcitrantes ideólogos y profesionales absolutamente convencidos de que hicieron realidad sus ambiciones en la élite de las SS como promotores de la maquinaria del Holocausto de Berlín. Una generación de jóvenes que tuvo su papel en el genocidio, no al mando del mismo sino como operadores de la maquinaria. Lo que distingue a los cuadros femeninos de jóvenes profesionales y esposas que hicieron posible el Holocausto —las mujeres que viajaron al Este durante la segunda guerra mundial y que fueron testigos directos, cómplices y perpetradoras de los crímenes que allá ocurrieron— es que se trataba de las *baby boomers* de la primera guerra mundial,<sup>3</sup> concebidas entre el final de una era y el inicio de la siguiente.

A finales de 1918, el Imperio alemán se hundió con la derrota militar, los soldados se amotinaron y el káiser, declarado criminal de guerra, huyó a Holanda. El mundo patriarcal del Antiguo Régimen se hundió también y, en sus ruinas, todo parecía políticamente posible.

Para las mujeres, el nuevo orden —el primer experimento de Alemania en democracia, forjado a partir de los ejemplos estadounidense y británico— conllevó la oportunidad de mayores libertades individuales y mayor poder en un proceso de modernización occidental. Las alemanas votaron por primera vez en enero de 1919 y consiguieron la igualdad formal, al menos sobre el papel, con la constitución de Weimar. Supuso un avance extraordinario, puesto que hasta 1918 a las mujeres alemanas no les estaba permitido participar en actividades políticas y, como sexo «inferior» en la sociedad germánica, habían ocupado posiciones subordinadas que hasta entonces la mayoría de las alemanas habían considerado naturales. Aunque la primera guerra mundial forzó el acceso de las mujeres a la esfera pública en trabajos relacionados con la guerra —en fábricas, tranvías y oficinas gubernamentales—, tenían muy poca experiencia en política y la mayoría se contentaban con declararse apolíticas. Con la ruptura de la monarquía, la arena política, que previamente había sido inaccesible, se abrió para ellas.

La república de Weimar asistió a la explosión<sup>4</sup> de movimientos variopintos, grupos parapoliciales y partidos organizados de toda orientación y color. Solo en Múnich, el emergente Partido Nazi era uno de los cuarenta movimientos existentes a principios de 1920. La mayoría se vanagloriaba de considerarse *völkisch*, un término que sugiere «del pueblo», pero, en este caso, el «pueblo» se refería únicamente a los alemanes. Dichos movimientos populares eran descaradamente nacionalistas, xenófobos y antisemitas. Buscaban la unidad a partir del racismo y rechazaban el liberalismo y la democracia parlamentaria como intrusiones extranjeras en un imaginario modo de vida germánico en que reinaban la paz y el orden. Remitiéndose a una visión romántica del pasado, quienes exaltaban el *Volk* valoraban la unión de la sangre y la tierra alemanas y el acerado arrojo del guerrero. En la humillante posguerra de una Alemania derrotada, los mitos sobre el renacimiento de la nación y la búsqueda de un salvador que recuperara el honor del país ejercían un especial atractivo entre los jóvenes y los campesinos que acudían en tropel a los numerosos partidos del pueblo.

La implicación de las mujeres en la formación de los movimientos de derecha probablemente fue mínima. Los hombres se mostraban reticentes a renunciar a su tradicional dominio de la política y los asuntos de mujeres los consideraban secundarios, en modo alguno prioridades nacionales. Los partidos *völkisch* de Weimar hallaban su fuerza en el mundo masculino del frente de batalla, no en la retaguardia doméstica de las mujeres. Las mujeres estaban mejor representadas en los partidos constituidos ya antes de la guerra, como el Partido Católico del Centro o el Partido Socialdemócrata. Solo una minoría radical, fundamentalmente urbana, apoyaba al movimiento comunista (coliderado por la famosa Rosa Luxemburgo, que fue brutalmente asesinada tras un alzamiento fallido en Berlín).

El feminismo carecía de un movimiento dedicado a la mujer<sup>5</sup> del tipo de los que surgirían en los años sesenta y setenta. En la política, la cultura y la sociedad de Weimar, la «cuestión de la mujer» aparecía de modos más bien difusos y contradictorios; por ejemplo, en campañas organizadas sobre la prostitución, la anticoncepción, el placer sexual, en reformas del sistema de bienestar social, de las condiciones

laborales y de la asistencia a los refugiados alemanes de los territorios perdidos en el Tratado de Versalles. El movimiento que se había unido en la lucha para la obtención del derecho a voto irrumpió en ese momento con una plétora de campañas. Algunas, como las que abordaban y experimentaban la liberación sexual, fueron explosivamente innovadoras; a menudo fuentes de controversias, estas campañas inflamaban a la derecha tanto como envalentonaban a la izquierda.

Las organizaciones de mujeres acostumbraban a declararse apolíticas, por más que sus puntos de vista sobre los valores femeninos o familiares iban más allá de vestir con cortinas los ventanales del Parlamento nacional. Dichos valores definían de un modo indiscreto y bastante polémico lo que significaba ser alemán. La sección femenina de la Liga Colonial Alemana llevaba tiempo combatiendo las mezclas raciales de los alemanes en el extranjero y la Asociación de Amas de Casa Alemanas formaba a las jóvenes sobre cómo llevar un hogar alemán, un hogar donde se explotaba al servicio doméstico, estaba indefectiblemente bien surtido de productos alemanes y lo gestionaba científicamente un ama de casa recalcitrantemente patriótica que llevaba un delantal impoluto.<sup>6</sup> Tendencias de otros movimientos contrarrestaban a los anteriores, como la labor de la Asociación por la Protección de las Madres y la Reforma Sexual, en ayuda de las madres solteras, para quienes crearon casas de acogida para ellas y sus hijos. No obstante, hasta este movimiento radical anterior a la primera guerra mundial contenía un núcleo de profesionales de la medicina, hombres y mujeres, que hicieron que la «ciencia racial» evolucionara para abordar los problemas sociales que aquejaban a las mujeres.

La década de los años veinte del siglo xx significó una expansión de las libertades individuales y un mayor grado de poder político para el alemán de a pie. La libertad de expresión, el tiempo libre, la movilidad, el comercio, el acceso al funcionariado, todo se daba en mayor abundancia que antes. Mientras tanto, las radios, las revistas y el automóvil marcaban el tiempo de la ciudad y, a menudo, su tumulto, en el campo. Al parecer, al final, todo resultó ser más de lo que los alemanes querían. En el caos y la incertidumbre de la modernidad y la democracia, la restauración del orden y la tradición se fue haciendo más y más atractiva. Los movimientos contrarrevolucionarios asedia-



ban la frágil república. Los patriotas desairados y los monárquicos destronados se negaron a aceptar la derrota alemana y siguieron en su empeñada guerra de trincheras, que llevaron entonces a las calles de Alemania, donde apuntaron a nuevos enemigos, el espectro rojo del comunismo y los «criminales de noviembre» de Weimar —los firmantes del armisticio de noviembre de 1918— que habían «apuñalado a Alemania por la espalda». La nueva y la vieja derecha culpaba a las condiciones del frente doméstico, no del de batalla, de la derrota alemana en la Gran Guerra, y el frente doméstico se encarnaba principalmente en dos figuras: la mujer mártir, demacrada por el bloqueo aliado que impidió la llegada de víveres a Alemania, y el judío de la calle, disfrazado indefectiblemente de estafador capitalista o de político. Esos mitos y prejuicios contribuyeron a la polarización política y a la creación de coaliciones disfuncionales en la frágil república. La única manera de romper los puntos muertos a los que llegaban era la convocatoria de nuevas elecciones. Los alemanes estuvieron expuestos a una campaña casi constante y a una agotadora cultura política basada en la *agitprop* —con su cruel fusión de publicidad de masas e intimidación—, que los mandó a menudo al colegio electoral. En el período entre 1919 y 1932 intentaron crearse nada menos que veintidós gobiernos de coalición. Esta fue la Alemania —con los conflictos y la inseguridad de ese electoralismo incesante, la inflación desenfrenada, y todas las desconcertantes y excitantes perspectivas de la modernidad— en la que crecieron la mayoría de las jóvenes que participarían en el proyecto genocida de Hitler como mujeres.

El giro extremo de las mujeres alemanas hacia la derecha<sup>7</sup> no empezó con el Partido Nazi. De los treinta partidos políticos oficiales de la época de Weimar, las mujeres acostumbraban a votar mayoritariamente a los conservadores, si bien no especialmente al Partido Nazi, ni siquiera cuando este alcanzó sus mejores resultados en las elecciones de 1932. Para ellas, los nazis no eran una opción atractiva, en tanto que no aceptaban militantes femeninas, ni tampoco las colocaban en las urnas. El politiquero moderno, cuyas estrategias se decidían en las cervecerías y se llevaban a cabo en las calles, era cosa de hombres. A finales de los años veinte se permitió que las mujeres desfilaran en las manifestaciones, en uniforme, pero nunca desfilaron ante

el mismo Führer. En los libros de historia oficiales del partido, a las Hermanas de la Esvástica Roja, como dieron en llamar a las enfermeras que cuidaron de los *Sturmabteilungen*, los SA, los guardias de asalto, se las recordaba con un punto de sentimentalismo: en esos primeros tiempos de lucha, se había vertido mucha sangre y las enfermeras del movimiento habían tenido que curar muchas heridas. Idealizadas como cuidadoras, las mujeres que apoyaron el movimiento nazi durante los años veinte quedaron relegadas a papeles subordinados. Asimismo, algunas sintieron la llamada del movimiento de Hitler y tomaron la iniciativa de formar organizaciones auxiliares, como la Liga de Mujeres Alemanas, que luchó por su integración social y política en la comunidad. Las mujeres alemanas que siguieron la causa de Hitler jugaron su papel en las cabinas electorales, en las oficinas del partido y en el hogar. Una activista de los primeros tiempos contaba el despertar político de las mujeres en el movimiento nazi y su papel en las discusiones y las elecciones de entonces:

Las mujeres no debían seguir desentendiéndose<sup>8</sup> de esta lucha, pues concernía también a su futuro y al futuro de sus hijos ... Luego oímos por primera vez al portavoz nacionalsocialista [nazi]. Lo escuchamos. Fuimos a más mítines. Oímos al Führer ... Los hombres fueron a sus posiciones en el frente. Las mujeres, sin hacer ruido, realizaron sus tareas. Por la noche, las madres esperaban angustiadas oír los pasos que anunciaban el regreso de los suyos. Más de una mujer rondó por las calles oscuras de Berlín, buscando a su marido o a su hijo, que arriesgaban su sangre y su vida en la lucha contra la humanidad degradada. Se dobló más de un pasquín de modo que los SA pudieran meterlo en un buzón. Y pasamos más de una hora valiosa en las cocinas y las salas de las SA. Siempre recogíamos dinero. La nueva fe estaba transmitiéndose de boca en boca. Ningún itinerario nos parecía demasiado largo ni había tarea pequeña si se la podíamos prestar al partido.

Aunque eran apoyos activos del movimiento nazi, no podemos culpar<sup>9</sup> a las mujeres alemanas de haber llevado a Hitler al poder con sus votos. Hitler no fue elegido democráticamente; por el contrario, lo nombraron canciller una camarilla de ancianos de clase alta que

pensaron que podían utilizar la energía de los jóvenes para aplastar a la izquierda y restablecer el conservadurismo.

En cuando Hitler se hizo cargo del poder,<sup>10</sup> él y sus seguidores aprovecharon cualquier oportunidad, cualquier fisura legislativa, para transformar Alemania en una dictadura basada en un partido único y en una nación racialmente exclusiva. Los derechos civiles quedaron suspendidos en febrero de 1933, menos de un mes después de su llegada a la cancillería, y detuvieron a los adversarios políticos y los mandaron a la cárcel y al recién creado campo de concentración de Dachau. Disolvieron los sindicatos, boicotearon los comercios judíos y quemaron libros. Se «restauró» todo el funcionariado y obligaron a «jubilarse» a los que no tenían ascendencia aria. Unas ocho mil mujeres comunistas, socialistas, pacifistas o «asociales» se contaron entre las perseguidas.<sup>11</sup> En marzo de 1933, Minna Cammens, que había formado parte del Parlamento como representante de los socialdemócratas, fue detenida por distribuir panfletos antinazis. Durante su detención e interrogatorio, la mató la Gestapo. Mujeres afiliadas al Partido Comunista fueron arrestadas y asesinadas, cuando no las encontraron colgando de sus celdas. Los talleres Moringen se transformaron en el primer campo de concentración del Reich para mujeres, incluidas las seguidoras de los Testigos de Jehová, que estaban en contra de la guerra y se negaban a aceptar a Hitler como su supremo salvador. Lina Haag y otras esposas de miembros destacados del Partido Comunista Alemán fueron arrestadas junto con sus esposos. Cuando la Gestapo escoltó a Haag por el rellano del edificio donde vivía en pleno mediodía, todos los vecinos cerraron sus puertas «con cuidado y en silencio».<sup>12</sup> Haag pasó cinco años en cárceles y campos de concentración. Languidecía en su celda de aislamiento de la cárcel de Stuttgart cuando oyó los suspiros desesperados de una presa a la que habían condenado a muerte. En otra ocasión, los gritos horadaban los muros de la prisión mientras un guardián nazi borracho cantaba una canción de moda en la época, con el escalofriante estribillo: «Cuando te vayas,<sup>13</sup> dime adiós quedadamente».

El aumento de presas<sup>14</sup> comportó un aumento de guardianas, a quienes reclutaban dentro de la Asociación de Mujeres del Partido Nazi. También hubo que desplegar equipos médicos femeninos en

los campos de concentración; hacia finales de la guerra, una décima parte del personal de los campos de concentración eran mujeres. Al menos treinta y cinco mil mujeres recibieron formación para ser guardianas de campos de concentración, especialmente en Ravensbrück, desde donde se las destinó a varios campos, incluidos Stutthof, Auschwitz-Birkenau y Majdanek. Las que se prestaron voluntarias para encargarse de esa labor tan horripilante consideraron que los emplazamientos de las masacres eran lugares donde encontrar empleo y tener buenas oportunidades. El uniforme era impresionante, la paga buena y la perspectiva de ostentar poder muy atractiva. Algunas de las mujeres que se hicieron guardianas tenían antecedentes criminales, y otras, presas del Reich, aceptaron el trabajo como una manera de rehabilitarse ante el sistema nazi.

Una vez que las mujeres reclutadas terminaron su formación, realizaron sus juramentos y entraron en el sistema de los campos, fueron muy pocas las que mostraron una actitud humana para con las prisioneras que tenían a su cargo. Las guardianas del campo de Neuengamme<sup>15</sup> eran conocidas por los espantosos gritos, golpes y palizas que propinaban. No obstante, para una prisionera, esa «disciplina» constituía más bien un conjunto de actos de terror arbitrarios, especialmente inquietantes porque los cometían mujeres.

También fuera de los campos de concentración las mujeres persiguieron a otras mujeres. Las categorías entre las prisioneras eran deliberadamente vagas y elásticas. Cualquiera podía ser denunciada por gandula, sabotadora, marginada o «asocial». Un día, al entrar en la panadería, una mujer olvidó saludar a sus vecinos con el esperado *Heil Hitler* y terminó siendo interrogada por la Gestapo. Detuvieron a las «asociales» —vagabundas, ladronzuelas, prostitutas, la «chusma» que ensuciaba las calles alemanas y empañaba la resplandeciente imagen de la belleza aria— y las mataron o las esterilizaron. El dictador no necesita una policía secreta numerosa cuando los vecinos<sup>16</sup> están más que dispuestos a vigilar para el régimen, por miedo, conformidad, fanatismo o despecho. Las cuentas personales y las políticas pueden resolverse con un mismo gesto. Los miembros más vulnerables de la sociedad, los que se hallan en los márgenes, son prescindibles.



Hitler proclamó que el lugar de la mujer se hallaba en el hogar y también en el movimiento. En el congreso del Partido Nazi de 1934 celebrado en Núremberg, hizo gala de una retórica típicamente marcial. «Lo que el hombre ofrece en heroísmo<sup>17</sup> en el campo de batalla, la mujer iguala en su infinita perseverancia y sacrificio, con infinito dolor y sufrimiento —declaró Hitler—. Cada hijo que trae al mundo es una batalla, una batalla que ella emprende por la existencia de su pueblo ... Pues la Comunidad Nationalsocialista del *Volk* se ha establecido en bases sólidas precisamente porque millones de mujeres se han convertido en nuestras compañeras combatientes más leales y fanáticas.» En los discursos que realizó en 1935 y 1936 ante la Asociación de Mujeres del Partido Nazi, Hitler proclamó que una madre de cinco, seis o siete niños sanos y bien educados hacía más por el régimen que una abogada. Rechazaba la igualdad de derechos de las mujeres, de la que decía que era una reivindicación marxista, «pues arrastra a la mujer a un ámbito en el que será necesariamente inferior. Coloca a las mujeres en situaciones que no pueden fortalecer su posición —respecto de los hombres y la sociedad— sino más bien debilitarla».<sup>18</sup> Las mujeres que aspiraban a abrirse paso hasta la educación superior o alcanzar cargos políticos estaban sometidas a cuotas muy restringidas. En palabras de Alfred Rosenberg, ideólogo del Partido Nazi: «De ahí que las posibilidades de desarrollo de las capacidades de las mujeres deben abrirse ante ellas. Pero seamos muy claros respecto a un punto: solo el hombre debe seguir siendo juez, soldado y gobernador del Estado».<sup>19</sup>

En la batalla del Reich por elevar el índice de natalidad,<sup>20</sup> las combatientes de Hitler debían alinearse, seguir órdenes, sacrificarse por el bien común, desarrollar unos nervios de acero y sufrir en silencio. Debían renunciar al control sobre sus propios cuerpos, puestos ahora al servicio del Estado. Las victorias no se contaban por nacimientos sino por el número de bebés arios sanos. Las campañas masivas para la reproducción selectiva reunieron a mujeres alemanas de todas las generaciones y clases que acabaron sufriendo, así como avanzando, la guerra racial nazi. La profesión de comadrona vivió un auge extraordinario. En consonancia con la exaltación de la pureza y la naturaleza del régimen, las cesáreas estaban restringidas y se pre-

miaba la lactancia materna. No todas las mujeres eran aptas como soldados. Aquellas a las que consideraban marcadas por algún desorden genético (incluidas las alcohólicas o depresivas clínicas), a las prostitutas con enfermedades venéreas y a las gitanas, rumanas y judías las obligaban a abortar o a esterilizarse. De los cuatrocientos mil alemanes no judíos a los que esterilizaron de manera forzada, la mitad eran mujeres. Según la historiadora Gisela Bock,<sup>21</sup> miles de personas, murieron debido a los chapuceros procedimientos médicos que se les aplicaron. A la alemana normal y corriente la traicionaban las mismas enfermeras y comadronas, quienes informaban en el momento del parto de cualquier tipo de malformación y en sus exploraciones ginecológicas rutinarias recomendaban abortos y esterilizaciones. Así, en la guerra civil por los bebés arios y perfectos que se estaba llevando a cabo antes del estallido de la segunda guerra mundial, hubo mujeres que tomaron crueles decisiones a vida o muerte sobre otras mujeres, minando sensibilidades morales e implicando a las mujeres en un régimen criminal.

A las mujeres y muchachas alemanas, e incluso a las niñas, se les requería conformidad política. A partir de 1936 se obligaba a las chicas a formar parte de la sección femenina de las Juventudes Hitlerianas, la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund deutscher Mädel*, BdM). Con el tiempo, los nazis clausurarían los otros programas de juventud o los asimilarían a las Juventudes Hitlerianas, con la excepción de algunos grupos de jóvenes católicos protegidos por el Vaticano. Dado que los padres protectores que querían apartar a sus hijos del movimiento perdían su autoridad en el hogar y su posición social, acostumbraban a ceder a la presión de los agitadores del Partido Nazi, de sus vecinos o de sus colegas. En ciudades como Minden, los funcionarios municipales proporcionaron listas de los nacimientos al Partido Nazi, cuyos voluntarios utilizaron para ir puerta por puerta reclutando a chicas alemanas para el movimiento.

La Liga de Muchachas Alemanas satisfizo el deseo —político o no— de muchas chicas de formar parte de una comunidad y tener amistades duraderas. Para algunas, aquel fue el primer peldaño de su afiliación al Partido Nazi y a una carrera dentro del movimiento, una manera de adquirir las habilidades apropiadas. La líder de la Liga de



Miembros de la Liga de Muchachas Alemanas disparando como parte de su entrenamiento paramilitar (1936).

Muchachas Alemanas en Minden era «increíblemente autoritaria», «se la conocía en todo Minden» por sus gritos y alaridos «casi crueles». <sup>22</sup> La más odiosa de las líderes de una pequeña población podía ser el modelo a partir del que se forjaran las jóvenes que se hacían adultas en aquellos pueblos.

Las chicas de esa época miraban hacia adelante, no hacia atrás. No es que se autoproclamaran feministas; es más, en general su generación desdeñaba a las sufragistas como algo pasado. Cuando los nazis quisieron abolir el voto femenino en 1933, las mujeres alemanas no se declararon en huelga de hambre. Para muchas, el enemigo no era el «hombre opresor» sino el «judío», el «asocial», el «bolchevique» y la «feminista». La emancipación de la mujer era un término acuñado por la intelectualidad judía, declaró Hitler en 1934. El movimien-

to nazi iba a «emancipar a las mujeres de la emancipación de la mujer».<sup>23</sup> Y es cierto que las judías alemanas habían desempeñado un importante papel en las reformas sociales y en los movimientos de mujeres durante la república de Weimar. Así, los pronunciamientos de Hitler servían para dos fines: la expulsión de los judíos de la política alemana y la destrucción de los movimientos de mujeres independientes en Alemania. Había que dismantelar y desacreditar al laboratorio experimental de la era de Weimar e introducir a la vez otra alternativa emancipadora en el nazismo que priorizara la disciplina y la conformidad. Las mujeres alemanas que sintieron que el movimiento nazi les estaba dotando de poder experimentaron una especie de liberación entre camaradas: no como feministas que desearan desafiar al patriarcado sino como agentes de la revolución conservadora y racista. Como miembros arios hechos y derechos de la sociedad fascista de Hitler, las mujeres, quisieran o no, eran agentes políticas. Efectivamente, la «cuestión de la mujer» adquirió forma de mujer y muchacha que participaba en desfiles y manifestaciones en las calles y cumplía con sus deberes en las granjas, en los campamentos de verano, en las marchas, en los cursos de economía doméstica, en los exámenes médicos y en las ceremonias en las que se hacía ondear la bandera.

La ideología del *Volk* tenía su propia estética femenina.<sup>24</sup> La belleza —según dicha ideología— era producto de una dieta saludable y el atletismo, no de los cosméticos. Las chicas y mujeres alemanas no debían pintarse las uñas, depilarse las cejas, pintarse los labios, teñirse el pelo ni ser demasiado delgadas. Los líderes nazis condenaron el auge de los cosméticos en los años veinte tachándolo de un producto judío que rebajaba la feminidad alemana a la categoría de prostituta y conducía a la degeneración racial. El hombre alemán debía aparearse con la joven de la puerta de al lado, no con la urbanita ni con la vampiresa de estilo Hollywood. El brillo natural de una joven debía ser fruto de sus ejercicios físicos, del aire fresco y, en su forma más celebrada, del embarazo.

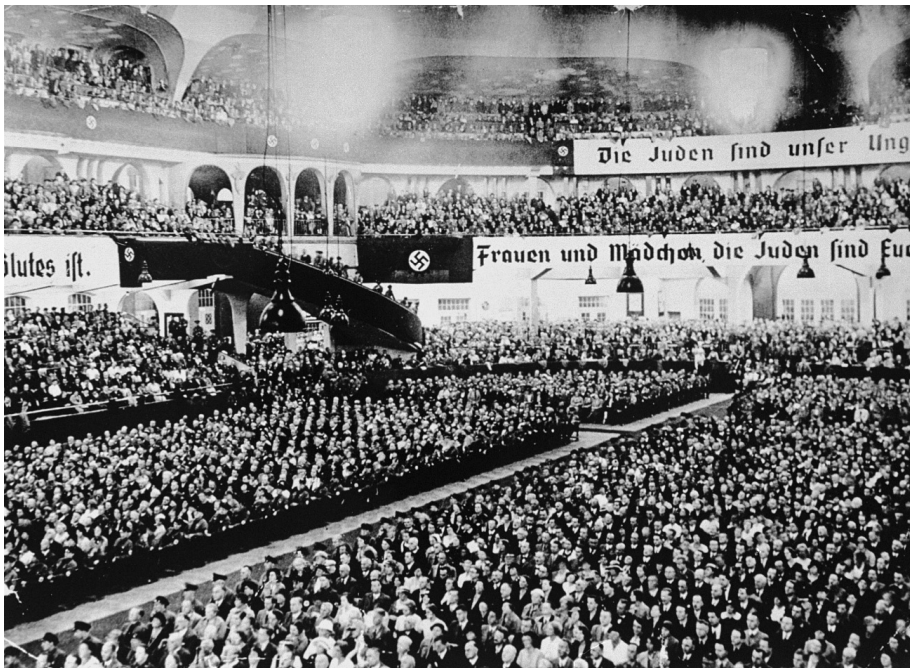
Hitler pretendió crear una conciencia racial entre los alemanes, pero para muchas mujeres el despertar racial fue también el político. Las mujeres empezaron a actuar según la ambiciosa noción,<sup>25</sup> en ocasiones un tanto desalentadora pero en general fortalecedora, de que



debían esperar más de la vida. En sus memorias y entrevistas, cada una de las arpias de Hitler expresó experiencias similares en su juventud: cuando terminaron los estudios básicos y llegaron a la edad adulta, comprendieron que querían ser alguien. Naturalmente, esta aspiración es un cliché, pero en su momento fue revolucionaria. Jóvenes de orígenes modestos se afirmaron a sí mismas abandonando sus pueblecitos, matriculándose en cursos de formación de tipógrafas o enfermeras y uniéndose al movimiento político. Las hijas de los votantes de la primera época de Weimar creyeron en las oportunidades que se les abrían en Alemania y más allá.

Las mujeres que aparecen en este libro raramente describen, ni mencionan siquiera, la política acerca de los judíos anterior a la guerra. Es más, Brigitte Erdmann, una corista que entretenía a las tropas en Minsk, le escribió a su madre en 1942 que había conocido por primera vez a un judío alemán en Bielorrusia. ¿Comprendieron las mujeres alemanas hasta qué punto la «cuestión judía» era vertebral en la ideología hitleriana e imaginaron lo que estaba ocurriendo con los judíos? Naturalmente, las muchachas que crecieron en Alemania vieron la burda propaganda y las imágenes de los judíos como seres inferiores en carteles, en periódicos. Tanto en la ficción literaria como en la cinematografía, el judío aparecía como un ser peligroso; para las chicas, además, especialmente lascivo. En su forma sexualizada, el antisemitismo se coló en el ámbito íntimo, emocionalmente cargado, de las relaciones entre alemanes gentiles y alemanes judíos. Ese antisemitismo sexualizado estaba hecho a medida para las mujeres «arias», a las que consideraban vulnerables objetos sexuales que debían proteger celosamente sus cuerpos de los judíos. Dicha forma de antisemitismo también incitó al machismo del hombre alemán: proteger a sus mujeres de los «peligrosos» judíos ponía a prueba su honor y su hombría.

En los cursos de puericultura, las mujeres recibían instrucciones sobre «higiene racial» (cuidados de la salud), que identificaba las odiosas características de los «subhumanos» a partir de rasgos faciales y formas del cráneo. En los libros de los institutos de la época,<sup>26</sup> todos



Mitin del Partido Nazi en Berlín (agosto de 1935).

En las pancartas puede leerse: «Los judíos son nuestra desgracia»,  
o «Mujeres y chicas, los judíos son vuestra ruina».

los alumnos elaboraban árboles genealógicos que satisfacían dos fines: los niños tomaban conciencia de su linaje alemán y los maestros descubrían quiénes eran arios y quiénes no. En las nuevas ediciones de los libros de texto, los eslóganes antisemitas y las grotescas imágenes de los judíos compartían espacio con los símbolos nazis y las citas edificantes de un Führer atractivo, retocado. Los insultos y las intimidaciones a los judíos se toleraban en los patios de las escuelas, en las casas de baños y en los acontecimientos deportivos. En el desfile de Carnaval<sup>27</sup> de una región católica se incluía una procesión de alemanes disfrazados de judíos ortodoxos que huían a Palestina. Como parte de la broma, los participantes lucían «narices judías».

Durante el período de entreguerras, las muchachas alemanas fueron testigos de la violencia de la política, tanto en la calle como en la escuela.<sup>28</sup> Aprendieron no solo a tolerarla sino a actuar contra los

enemigos escogidos y los compañeros de clase vulnerables. Una vez, en una escuela, una niña alemana intentó pegar a una antigua amiga judía y, para su sorpresa, esta quiso responder a su ataque. La alemana le dijo: «Tú eres judía, no puedes defenderte».<sup>29</sup>

En tiempos del pogromo de noviembre de 1938, las *baby boomers* de la primera guerra mundial estaban alcanzando la edad adulta. Vieron, escucharon y leyeron acerca de los asaltos homicidas contra los judíos en toda Alemania. En ciudades y pueblos prendieron fuego a cientos de sinagogas y rompieron los escaparates de muchas tiendas judías. Los hombres de las SS y los SA destruyeron cementerios judíos, profanaron tumbas y rompieron lápidas. Miles de judíos recibieron palizas y a treinta mil los metieron en campos de concentración. Fuentes oficiales alemanas comunicaron que el número de muertes judías se elevaba a noventa y uno. No obstante, el historiador Richard Evans<sup>30</sup> ha calculado que hubo entre mil y dos mil muertes, incluidos trescientos suicidios. Más de las tres cuartas partes de los nueve mil comercios judíos que había en Alemania fueron saqueados y destruidos. Las mujeres y las chicas que iban a la compra vieron esa destrucción y muchas comentaron que había que asear el estropicio o se quejaron del desorden o los inconvenientes. Los berlineses calificaron la *Kristallnacht* del pogromo como «la noche de los cristales rotos»,<sup>31</sup> expresando la destrucción en términos materiales, sin considerar las pérdidas humanas. Uno de esos berlineses, cuando vio las esquirlas de cristal la mañana siguiente, pensó para sus adentros: «Los judíos son los enemigos de la nueva Alemania. Ayer por la noche tuvieron un aperitivo de lo que eso significa».<sup>32</sup>

En su rol como compradoras y dependientas, las mujeres alemanas tenían encuentros diarios con los judíos en la sociedad de consumo del Reich. Tuvieron que elegir entre las tiendas en las que podían entrar y las tiendas que debían evitar durante los primeros boicots y vieron cómo los negocios cambiaban de mano. Antes de 1933, los judíos eran propietarios de algunos de los grandes almacenes en Alemania, como la cadena Teitz, que incluía el KaDeWe, como el Corte Inglés de Berlín. Durante los boicots, los SA nazis destruyeron los escaparates e intentaron impedir que las mujeres entraran en las tiendas. La mayoría eran pequeños negocios familiares judíos, pero en los

grandes comercios, como los de la cadena Teitz, había mujeres alemanas trabajando como dependientas. Los líderes y banqueros nazis expulsaron de los negocios a los judíos, forzándolos a vender por debajo de su valor real, mientras los ejecutivos judíos desaparecían de las administraciones.<sup>33</sup> Para la mayoría de las dependientas alemanas, esta «arianización» del comercio judío podía significar la pérdida del puesto de trabajo o un nuevo jefe. De cualquier modo, fue una realidad, un cambio visible que marcó la victimización y la desaparición de sus vecinos y jefes judíos.

Las oleadas de asaltos nazis de los años treinta se cebaron con los judíos alemanes y, con el tiempo, la mayoría de los que podían huir lo hicieron. En 1940, la mitad —dos tercios de ellos niños— se había marchado de Alemania. Desde la perspectiva alemana, los judíos que quedaron eran seres humanos invisibles pero omnipresentes en tanto que fantasmas o representantes de las fuerzas malignas que amenazaban a Alemania. De ahí que la corista Brigitte Erdmann y otras mujeres se mostraran sorprendidas ante la presencia de judíos en el Este y creyeran que no habían visto jamás a un judío, cuando lo cierto era que debieron de estar en contacto diario con ellos durante su infancia y adolescencia en Alemania.

La norma social que consistía en ignorar la apremiante situación de los judíos alemanes se complementaba con la expectativa de que las chicas debían encarnar una dureza de cariz femenino. Además de otras tareas, las jóvenes de la Liga de Muchachas Alemanas realizaban ejercicios de campaña y prácticas de tiro. A las muchachas, en realidad unas niñas, les enseñaban a disparar en formación con rifles de aire comprimido. El inmemorial militarismo prusiano no solo cultivaba una cultura de guerra total y «soluciones finales» sino que, en la forma que adoptó como fascismo del siglo xx, integró a las mujeres en una sociedad marcial<sup>34</sup> como patrióticas cuidadoras y combatientes.

La actividad física rebajó el nivel educativo de la población. A las escolares alemanas no se les enseñaba latín, pues este tipo de conocimientos no eran necesarios para las futuras madres.<sup>35</sup> En cambio, se les repartían folletos con consejos sobre cómo escoger al marido: la primera pregunta que había que hacerle a un compañero potencial

era: «¿Cuáles son tus orígenes raciales?». Se consideraba que esas advertencias y el apoyo de la sociedad eran útiles para las jóvenes núbiles. La afirmación pública de la maternidad también ejerció su atractivo. «En mi Estado, la madre es el ciudadano más importante»,<sup>36</sup> proclamó Hitler. Hasta entonces las madres alemanas no habían gozado de tanto reconocimiento, tampoco habían podido disfrutar de tantos servicios, como más centros de puericultura y asistencia sanitaria («higiene racial») ni habían sido elevadas a la categoría de celebridades en ceremonias en las que se les imponía la Cruz del Honor a las madres de más de cuatro hijos.

Sin duda alguna no debemos pensar que la propaganda nazi y las declaraciones de sus líderes fueran reflejo de su éxito. La propaganda que pretendía que las mujeres retrocedieran a los reinos privados de la *Kinder, Küche, Kirche* —niños, cocina e iglesia— y los incentivos económicos que se ofrecían para el aumento de los matrimonios y nacimientos no dieron los resultados que los líderes nazis esperaban.<sup>37</sup> Después de 1935, bajó la natalidad y aumentaron los divorcios. Las estadísticas muestran que la mayoría de las alemanas no estaban casadas, no estaban siempre embarazadas y no se quedaban en sus casas. A medida que el Tercer Reich asentó sus florecientes instituciones y oficinas a lo largo del territorio alemán (y posteriormente en las tierras ocupadas), las mujeres se convirtieron en una parte muy visible del mundo laboral, como nunca antes lo habían sido en la historia alemana. Una mujer perteneciente a esta generación lo resumió diciendo que la primera guerra mundial les enseñó que «Todo el mundo debía tener una profesión. Nadie te podía asegurar que fueras a casarte ... ¿Quién sabía lo que iba a depararnos el futuro?». <sup>38</sup>

No obstante, también sería inexacto exagerar la libertad de elección que tuvieron las alemanas en la Alemania de Hitler.<sup>39</sup> Naturalmente, no podían casarse con un judío ni criar a un niño con alguna enfermedad considerada genética. Tampoco podían mantener cualesquiera que fueran sus opiniones políticas, pues el Partido Nazi era el único partido legal. Y las carreras profesionales que se abrían ante ellas eran limitadas. Antes de la guerra, se obligaba a los alemanes recién salidos del instituto o que aspiraban a ir a la universidad a realizar tareas para el Reich, normalmente consistentes en un período de



seis meses dedicado a la agricultura. En esos campos de trabajo al servicio del Reich, aunque se los separaba por sexos, se reunía a todo el espectro socioeconómico con el fin de desarrollar la sensación de camaradería entre ellos. A principios de 1938, como parte de los preparativos para la guerra de Hitler, todas las estudiantes de los centros de estudios superiores o de las escuelas de comercio habían completado un entrenamiento básico en tres áreas: defensa aérea, primeros auxilios y comunicaciones.

El sistema nazi no toleraba a los inconformistas. Una vez colocadas en oficinas militares o gubernamentales, las empleadas no podían renunciar a sus cargos a menos que alegaran razones de salud, incluido embarazo, o negligencia, en cuyo caso eran penalizadas. El deber de servir al Reich se les había inculcado a los niños en los colegios y en los programas juveniles y a aquellos a los que «asustaba el trabajo» o eran «gandules» los mandaban a los florecientes campos de concentración a «reeducarse».

El verano de 1941, mientras los ejércitos de Hitler conquistaban más territorio en el Este, la fuerza de trabajo necesitó a mujeres en las industrias de guerra, las oficinas y los hospitales. Los líderes nazis se preparaban para la guerra total y el imperio total. Con el tiempo, toda Europa sería un baluarte gobernado desde los cuarteles generales de Hitler en Berlín. Dichas ambiciones globales requerían la creación de una nueva casta, una élite imperial integrada por hombres y mujeres jóvenes.